

ALFREDO ASCARRUNZ PELÁEZ

ALFREDO ASCARRUNZ PELÁEZ (Oruro, 1867 - La Paz, 1935). Escritor, Periodista, Abogado y Diplomático. Cultivó con acierto los géneros: Crítica, Política e Historia. Ha publicado: "Almanaque Ilustrado (1996); Efemérides Bolivianas" (1998). Su obra se halla dispersa en periódicos y revistas de la época. "Sus escritos -dice Otero- esparcen un soplo delicado de espiritualidad amable. Su ironía resplandece con una mezcla agria de verdad y de ensueño. Es un prosista que se expresa con puridad, elegancia y cultura".

Como periodista, trabajó en los periódicos: El Imparcial, El Comercio de Bolivia, El Tiempo, El Diario, y fundó y dirigió las revistas satíricas: "El Liberal", "El Borrico", "Maestro Ciruela" y otros.



Feliciano

(Historia breve, pero conmovedora)

No había en cien leguas a la redonda hombre más desgraciado que Feliciano.

Pocos momentos después de su advenimiento al mundo de los mortales, su madre lanzó un par de chillidos estridentes, se llevó las manos al pecho y murió.

Desesperado el padre por esta desgracia fue a buscar en los horrores de la guerra un lenitivo a su pesar, abandonando a Feliciano al cuidado de unos vecinos. Estos al poco tiempo supieron que el viudo infeliz había muerto en un combate, cubierto de gloria, según unos, y de miedo al enemigo según otros.

No había más remedio que encargarse del desdichado Feliciano y hacer de él un hombre de bien. Pero la desgracia se encargó de hacer del pobre huérfano el hombre más infeliz.

El día de su bautizo, el Padre Benigno, en lugar de echarle la sal ("salis sapientiae") en la boca, se la metió en un ojo, haciéndole ver todas las estrellas visibles e invisibles del sistema planetario.

Sería por eso que cuando entró en la escuela, Feliciano se distinguía entre todos sus condiscípulos como el más eminente borrico, y nunca pasó del "christus" en la lectura, ni del palote en caligrafía.

Su maestro, que era un sabio pedagogo, cogió una pulmonía de tanto azotar al muchacho y falleció.

Con tan honrosos antecedentes fue creciendo el mancebo, arrastrando consigo un caudal inagotable de mala suerte.

El cura, por compasión, le concedió el muy elevado puesto de campanero; mas, un día de regocijo público, se vino torre abajo con el badajo a cuestras, y al romperse una canilla, le rompió el bautismo a un penitente que salía muy arrepentido de la iglesia.

De corazón tierno y sensible, Feliciano se enamoró en más de diez ocasiones y, en todas ellas, sólo recogió desdenes de las damas y muchos palos de los rivales.

¿Cómo curar tanto mal?

¿Cómo apartar la desgracia?

Se hizo exorcizar, por si el diablo le hubiera hecho algún maleficio, pero la desgracia no cesó de perseguirlo.

Imploró a todos los santos de la Celestial Corte, mas éstos no le oyeron, ocupados probablemente en asuntos de mayor interés.

Por los días aquellos, acertó a pasar por el pueblo un hechicero de luenga barba, cabellera luenga y luenga reputación. Adivinaba hasta los pensamientos de las moscas y daba remedio para todos los males, solamente por una pesetilla roñosa.

Feliciano resolvió consultar con el nigromántico. Arañó hasta el centro de la tierra para conseguir la pesetilla; y después de haberla adquirido con el sudor de su frente y de todo su organismo, se trasladó a ver al nuevo Merlín.

El adivinador fijó en Feliciano sus ojos escrudinadores; miró con iguales ojos la pesetilla roñosa, y después de reflexionar un minuto,

más o menos, dijo a su azorado cliente:

-¡Tú, hijo mío, necesitas un remedio serio!...

Feliciano, al oír esta sentencia, estuvo a punto de ser víctima de un patatús... ¡El sabio había adivinado lo que necesitaba!

Y pregunta va y pregunta viene, llegó a saber el nigromántico que lo que se le consultaba era un caso de mala suerte crónica.

Nueva reflexión y nuevo frotamiento de barbas. El cliente, más perplejo y más turulado, parecía que iba a lanzar el último suspiro.

El hechicero dijo al fin, con toda solemnidad, su última palabra:

- Para ser feliz ¡oh Feliciano! necesitas poseer la cuerda de un ahorcado.

Feliciano sintió un sudor frío, se le nublaron los ojos y tuvo que hacer un supremo esfuerzo para no caer de bruces sobre el adivino.

¡Ya sabía el remedio!

•••

Por desgracia, el pueblo era tan pacífico que no tenía noticia de ninguna ejecución capital desde hacía muchos años.

Feliciano resolvió trasladarse a una ciudad no lejana, en la que la justicia perseguía a una cuadrilla de malhechores, encabezada por los famosos "Pocomiedo" y "Temerario", con la decidida intención de colgarlos el día en que pudieran ser habidos.

Con tal saludable fin, se destacó la fuerza pública más valerosa y los alguaciles más avisados, dándoles orden terminante de ahorcar a los bandidos a la mayor brevedad posible.

Al saber esta nueva, Feliciano apuró su viaje, con la esperanza de encontrar siquiera una cuerda de las que se pudieran emplear en tantas ejecuciones.

Ya se veía el infeliz poseedor del amuleto que debía conquistar su buena suerte. Dormía poco, se alimentaba menos y viajaba bajo los ardientes rayos del sol y a la pálida luz de las estrellas.

Muy entrada la noche, llegó a las inmediaciones de la ciudad, pero como no conocía a nadie, resolvió dormir en el campo, del mismo modo que lo había hecho tantas veces. Escogió un bosquecillo que le ofrecía blando lecho de césped y se entregó al reposo reparador de sus fatigas.

El sueño de Feliciano no podía ser duradero. Guiado por su mala estrella, había ido precisamente al mismo sitio que albergaba a los malhechores Pocomiedo, Temerario y sus peligrosos compañeros; y antes de que amaneciera, ya los alguaciles resabidos y los agentes de la justicia amenazadora. Es inútil decir que el desgraciado héroe de nuestra historia fue reputado, por su poco donaire y su pierna desmochada, como uno de los bandidos más peligrosos y tratado con severo rigor.

••••

Protestaba el infeliz de su inocencia, ponía de testigos aun a los mismos bandoleros; pero la justicia es a veces tan ciega, que acogota aun a los hombres que se están cayendo de puro buenos.

Se ejecutó, pues, la orden de muerte, sin forma ni figura de juicio.

Feliciano fue ahorcado en medio de Pocomiedo y Temerario.

El mártir de la desgracia consiguió la cuerda del ahorcado, sólo cuando ésta llegó a estrangularlo.

Tal vez se realizaría la predicción del hechicero.

Quizás desde que le ciñeron al cuello aquella, Feliciano es ya feliz...